

Mercedes Salvador

**La copia
de
Van Gogh**

© Mercedes Salvador, 2014

Todos los derechos reservados

www.sb-ebooks.com

ISBN: **XXXXXXXXXXXXXX**

Diseño de cubierta:

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública y transformación de esta obra
sin contar con autorización de los titulares de la propiedad
intelectual.

ÍNDICE

Prólogo.....	5
Segundo prólogo.....	6
PRIMERA PARTE: MALLORCA	
Capítulo 1. Febrero de 1974.....	8
Capítulo 2. Mallorca.....	11
Capítulo 3. Verano en Mallorca.....	16
Capítulo 4. Solos.....	20
Capítulo 5. Helena.....	26
Capítulo 6. El verano siguiente.....	34
Capítulo 7. Santiago.....	38
Capítulo 8. Mario.....	43
Capítulo 9. Tercer verano en Mallorca.....	45
Capítulo 10. Àlex.....	48
Capítulo 11. Reencuentro con Helena.....	54
SEGUNDA PARTE: BARCELONA	
Capítulo 12. Barcelona, año 1984.....	60
Capítulo 13. La redacción del periódico.....	65
Capítulo 14. Marc.....	67
Capítulo 15. La decisión.....	70
Capítulo 16. Conversación con el jefe.....	72
Capítulo 17. Domingo en familia.....	75
Capítulo 18. El viaje.....	80
LA INDIA.....	81
NORTEAMÉRICA	
Capítulo 19. Nueva York, Nueva York.....	97
Capítulo 20. Viaje a Maine.....	101
Capítulo 21. New Jersey. Ocean Grove.....	109
Capítulo 22. Mary.....	112
Capítulo 23. A solas.....	116
Capítulo 24. Jason de nuevo.....	119
Capítulo 25. Los pescadores.....	124

Capítulo 26. En busca de Lana.....	130
Capítulo 27. Conversaciones.....	133
Capítulo 28. Beth.....	136
Capítulo 29. Decisiones.....	139
Capítulo 30. Noticias.....	143
EPÍLOGO	
Capítulo 31. Navidad.....	147

PRÓLOGO

El día de Navidad de 1988, me llegó una segunda oportunidad. Vino de la mano de mi abuela Virginia. Cuando me entregó los diarios que había enviado Helena desde la India, mi pasado se me tiró a la yugular como si quisiera ahogar la apatía con la que había vivido los últimos años.

De mi infancia recuerdo pocas cosas; algún mecanismo interior ha escogido borrarlo casi todo para mantenerme a salvo de mis propias emociones.

Sin embargo, los veranos en Mallorca junto a Helena en la masía de piedra de mi abuela siguen intactos, como si aún estuvieran allí esperándome.

Al atardecer, nos sentábamos al pie del olivo, en lo alto de la colina, desde donde se divisaba la cala y podía intuirse el mar.

Allí conversábamos durante horas, nos tirábamos aceitunas que cogíamos del suelo y nos perseguíamos mientras las gaviotas perdidas se adentraban en tierra, hasta que nos llamaban para cenar.

Nunca se me ocurrió que un día dejaría de verla y de compartir mis juegos con ella.

Cuando mi familia y yo nos marchamos de Mallorca sin volver la cabeza, me quedé esperando otro encuentro, otra despedida en que se girara de nuevo para sonreírle.

SEGUNDO PRÓLOGO

Llevaba días buscando el teléfono de los padres de Helena para llamarles. Después de recibir su diario y de leerlo, me había quedado con la sensación extraña de que algo malo le había sucedido. Finalmente los localicé. Joanna me reconoció, pero su voz sonó lejana y extraña. Enseguida entendí el motivo.

Estamos muy preocupados porque hace un tiempo Helena nos dijo que venía a visitarnos desde la India, pero no ha llegado. Hemos llamado a la compañía aérea y parece que aterrizó en Nueva York hace más de veinte días, pero nadie sabe nada de ella. Ha desaparecido. La policía cree que puede haber sido asesinada.

¿Helena muerta? ¿Asesinada nada menos? No podía ser. Me sentí naufragar, caer en un mundo de sombras, en un largo silencio ahogado por más silencio. En una imagen veloz, me asaltó nuestro tiempo en Mallorca. Àlex corría por la arena mientras Helena hacía ruedas. Ahora todo parecía una película antigua en colores sepia.

PRIMERA PARTE
MALLORCA

CAPÍTULO 1

FEBRERO DE 1974

Todos los veranos, desde que podía recordar, los había pasado en Barcelona. Mis padres decían que el pequeño negocio de venta de toallas, sábanas y productos para el hogar no daba para más. Mi madre nos llevaba a mi hermana Olga y a mí a la piscina municipal. Allí, éramos las únicas que tenían una madre con las uñas de los pies y de las manos pintadas de rojo y el cabello recogido en un gorro de baño de color fucsia con pétalos de flores.

Su rostro no era perfecto, pero sus proporciones mantenían un fino equilibrio. Los ojos color nuez y la nariz afilada la hacían parecer atractiva. La visión de su cara era algo placentero y agradable. Lo único que desentonaba ligeramente, pero que le preocupaba ferozmente, era una gran peca colocada sobre el labio superior derecho.

Toda la piscina seguía con los ojos nuestras entradas y salidas del agua, como si fuéramos extraterrestres en tierra incógnita. Yo de vez en cuando les sacaba la lengua.

—Míriam, compórtate como una señorita —me decía mi madre avergonzada.

—Es que no paran de mirarnos y me molesta —aclaraba yo desafiante.

—Déjales que hagan lo que quieran. Les falta estilo y lo saben —respondía ella con una cierta arrogancia.

—A ti también te falta un poco de estilo —me dijo aquel día Olga, mi hermana mayor.

—Te voy a dar... Cursi. —Le golpeé en el hombro.

—Míriam, te he dicho que te comportes.

El resto del tiempo, cuando no estábamos bañándonos o peleándonos con mi hermana, lo matábamos paseando por el Paseo de Gracia o mirando ropa en El Corte Inglés, ropa que muchas veces no podíamos comprar, o admirando coches descapotables que estaban fuera de nuestro alcance.

—Es bueno soñar, hijas... El que deja de soñar muere joven —nos advertía mi madre.

Luego nació Àlex.

Un buen día de enero, cuando yo estaba haciendo los deberes en mi cuarto y Àlex había cumplido cuatro años, sonó el timbre.

—¡Ya voy! —grité.

Salí corriendo después de tropezar con un gorila de peluche gigante que guardaba mi habitación. Era mi abuela Virginia, con la perrita Rien jadeando a sus pies. Había subido andando, para ejercitar las piernas. Vivíamos en el tercero segunda de la calle Calabria, en lo que ahora se llama el Eixample Esquerre de Barcelona. Ella vivía al lado de la Plaza Cataluña y siempre venía caminando. Tardaba unos veinte minutos, pero no le importaba.

Cuando entró en casa con su pelo a lo garzón y el vestido color avellana conjuntado con la chaqueta de punto, todos vinieron a saludarla: Raimon, mi padre, fue el primero en besar a su madre en la mejilla. Mi madre la saludó con respeto, y mi hermano pequeño Àlex corrió a abrazarle.

—¿Tienes algún regalo para mí? —preguntó Àlex con su voz infantil.

—Pues, en cierta forma sí, muchachito —contestó ella esbozando una sonrisa.

—Hola, abuela —la abracé.

—Llámame Virginia, reina. Ya sabes que soy más que una abuela.

Sus ojos eran despiertos y su figura firme. Era independiente y poco dada a los convencionalismos.

Olga levantó la mano para saludarla desde el sillón orejero del salón, sin dejar de leer una revista. Ella era cinco años mayor que yo y vivía en el mundo de los adultos. Yo era la mediana y siempre quedaba un poco descabalgada entre los privilegios de que disfrutaba Olga y los mimos de que era objeto Àlex.

—Chicos, tengo un notición. ¿Os acordáis de mi tía Àngels, aquella de la que os he contado que decía ser una canalizadora y a la que le llegaba información de otros mundos, la que trabajaba informando a la gente de cuándo iban a morir sus seres queridos?

—Sí. ¿No era la que luego se sentía en la obligación de asistir a todos los funerales como si la muerte de sus clientes fuera culpa suya? —preguntó mi madre.

—Sí. Exactamente. Pues la pobre ha muerto. —Quitó la cadena a Rien y la dejó correr por la casa.

—Vaya. Lo siento —se lamentó Amanda—. Me caía simpática. De hecho, alguna vez le fui a hacer una consulta y siempre me vio un futuro muy próspero por delante.

—Bueno. El caso es que en herencia me ha dejado una masía en Mallorca... Pobre mujer,... Mira que en vida la había puesto más verde que otra cosa... —dijo Virginia sonriendo como si nos hubiera contado un secreto obscuro.

—Y ¿cómo es la masía? —se interesó mi madre con una sonrisa amplia que mostraba unos dientes blancos y bien ordenados y un cabello castaño crespado al estilo de las cantantes de los años setenta.

—Grande como para que quepamos toda la familia. A partir de ahora, según todos los indicios, tendremos casa de veraneo.

—¡Oh, Dios mío! ¿Lo dices en serio? ¿Has oído a tu madre, Raimon? —dijo mi madre muy excitada.

—Sí. Estoy aquí —contestó mi padre algo más sereno.

—Vamos a celebrarlo con *champagne*. —Mi madre se cubrió los ojos y se le escaparon unas lágrimas.

—Mamá, ¿por qué lloras? ¿No es bueno tener una casa de verano? —preguntó Àlex.

—Sí, cariño. Lloro de emoción. Es que a mamá le hacía mucha ilusión tener una igual que los Roig y los Martínez, ¿sabes?